

RAFAEL CABRERA MÉNDEZ

CHURCHILL, OTRA VEZ

LA SUERTE quiere que pasemos de la lectura de "España, un enigma histórico", de Claudio Sánchez-Albornoz, a la del cuarto y último volumen de la "Historia de los pueblos de habla inglesa" ("History of the English-Speaking Peoples"); de Winston Churchill, hecha, por cierto, con el auxilio de dilecta y muy docta compañía. Grande es el contraste. El libro de Sánchez-Albornoz, interesantísimo o, mejor aún, valioso en todo caso, se cae de las manos por causa, a la vez, de su peso físico y de su espesor intelectual y literario. Son dos volúmenes, cada uno de los cuales —y no estamos hablando en sentido figurado— pesa casi dos kilos y tiene sobre 700 páginas de texto. No es menor su pesantez en el orden mental y expresivo. El autor exhibe un estilo llano, en el que rara vez apunta una fantasía, y descarga sobre el lector el chorro continuo, parejo, piúmbeo, de su vena verbal y de su gran erudición especializada. Es muy difícil seguir en ellos, y acaso hasta descubrir el desarrollo de su tesis. El reciente tomo de Churchill empieza por reunir sólo alrededor de 300 páginas, y es tan ágil, tan rico de variantes y matices, tan animado, tan sagaz y —desde el punto de vista de la justa proporción entre el pensamiento y la palabra— tan cautivadoramente conciso, que deja una impresión de grata levedad y aérea inteligencia.

No puede negarse que Churchill es, aparte de su significación en la política, un excelente escritor, y cada uno de sus libros, desde los primeros tiempos de su labor literaria, quita algo de fundamento a las protestas, poco meditadas a nuestro juicio, que se oyeron cuando se le concedió el Premio Nobel de Literatura. Así ocurrirá una vez más con este último tomo de la "Historia de los pueblos de habla inglesa", que lleva el subtítulo de "Las grandes democracias", salido de las prensas británicas apenas en marzo pasado, precisamente cuando la salud del autor sufría alarmante

quebranto. Y, en efecto, la crítica de sus islas ilustres comienza a expresarle parabienes, subrayados una que otra vez por la necesaria nota disidente.

Pero vengamos al contenido del libro. Se inicia con lo que Churchill llama "la paz de la victoria", esto es el período de asentamiento —no hagamos caso de las excepciones locales ni olvidemos que el autor está historiando la vida de los pueblos de habla inglesa— que sigue a la derrota del cesarismo napoleónico. Termina con las postrimerías de la época victoriana y la guerra de los Boers. No está de más recordar que ya en esta última fase Churchill empieza a participar en los acontecimientos —algunos de sus episodios personales están espléndidamente narrados por él mismo en "My Early Life"—, y en ello han creído encontrar algunos comentaristas la razón de que el historiador se detuviera en este punto. En todo caso, no debe olvidarse que otros libros de Churchill y el caudal memorable de sus discursos políticos y parlamentarios abarcan prácticamente toda su percepción histórica desde el alborar de nuestro siglo hasta nuestros días.

Leyendo a un hombre de tan fabulosa actuación, es imposible no reparar a cada paso en las relaciones, ya de afinidad, ya de contraste, entre su perspicacia de la historia y las modalidades de su conducta política. En su capítulo sobre "la paz de la victoria", es patente la noción de los cambios acarreados por las guerras napoleónicas y la derrota del corso en Waterloo. No es ésta la única ocasión en que Sir Winston, como historiador, muestra la misma sensibilidad. Por eso, ¡qué sorpresas no ha solido dar el Churchill político! En el curso de la segunda guerra mundial, que también ha historiado y en la que fue el líder más eficaz que ha tenido nunca Inglaterra, hizo promesa de reformas sociales, aunque muy tímidas, para confirmar la certidumbre de "un mundo mejor" después de la contienda. Llegado el momento, declaró que apenas había que innovar nada en el "status" de la vida en Gran Bretaña. Difícilmente puede ser mejor, dijo a su manera, puesto que sobre sus sillares hemos ganado la guerra. De donde resultaba que la mayor conflagración de la historia iba a tener menos consecuencia que los choques napoleónicos, a pesar de que su carga ideológica y política era infinitamente mayor. El sufragio británico negó a Churchill el triunfo en las primeras elecciones que siguieron a la conclusión de la guerra. Muchos se llamaron a escándalo, y como de costumbre acusaron a la democracia de ser inconsecuente e ingrata. Pero la gratitud inglesa no ha dejado de acompañar a Churchill en ningún momento. Y la inconsecuencia no parece que haya estado del lado del pueblo británico, que en vez de un líder de guerra necesitaba ahora un político innovador y reconstructor de un

mundo destruido. Este no era Churchill, sin duda, aunque por desgracia tampoco lo fueron sus sucesores en el Gobierno. Nueva oportunidad para observar cómo el historiador puede superar, sin que él mismo lo advierta, al político y estadista en Winston Churchill.

Gran Bretaña, su Imperio, la Commonwealth y las luchas internas en los Estados Unidos, son el material predominante en el estudio de "las grandes democracias". El tránsito de "el viejo orden" a las circunstancias que daban un punto de partida al proceso destinado a desembocar en los inusitados mirajes de nuestro tiempo, está visto y reflejado admirablemente por Churchill. Pero no cabe duda de que su maestría culmina en el acertado manejo de una versación y documentación tan ricas como exactas y prolijas, y sobre todo en la vitalidad y en el colorido de sus semblanzas históricas, muchas de las cuales pueden ser segregadas del libro y constituir por sí solas un gran valor independiente. El relato de la rivalidad entre Gladstone y Disraeli, el estudio sobre Joseph Chamberlain y los que dedica a otras relevantes figuras de Inglaterra y de Estados Unidos, pertenecen a este grupo.

Siendo él mismo una personalidad de tan acusados y preciosos relieves, se comprende que Churchill tienda a ver preferentemente en la historia el trazo de las figuras situadas en la cima de la acción o de la responsabilidad, ligadas a los hechos de mayor bulto aparente: conflictos políticos, campañas militares. Pero ello no le impide comprobar el fluir profundo de la historia y el avance de los pueblos, que vienen a ser como el corolario de "Las grandes democracias".

Obra de historiador, pero también obra de singularísimo escritor y artista, este volumen final de la "Historia de los pueblos de habla inglesa" completa otra de las series de trabajo en que Winston Churchill ha sido tan fecundo y que, con Premio Nobel o sin él, le otorgan un alto sitio en las letras contemporáneas.